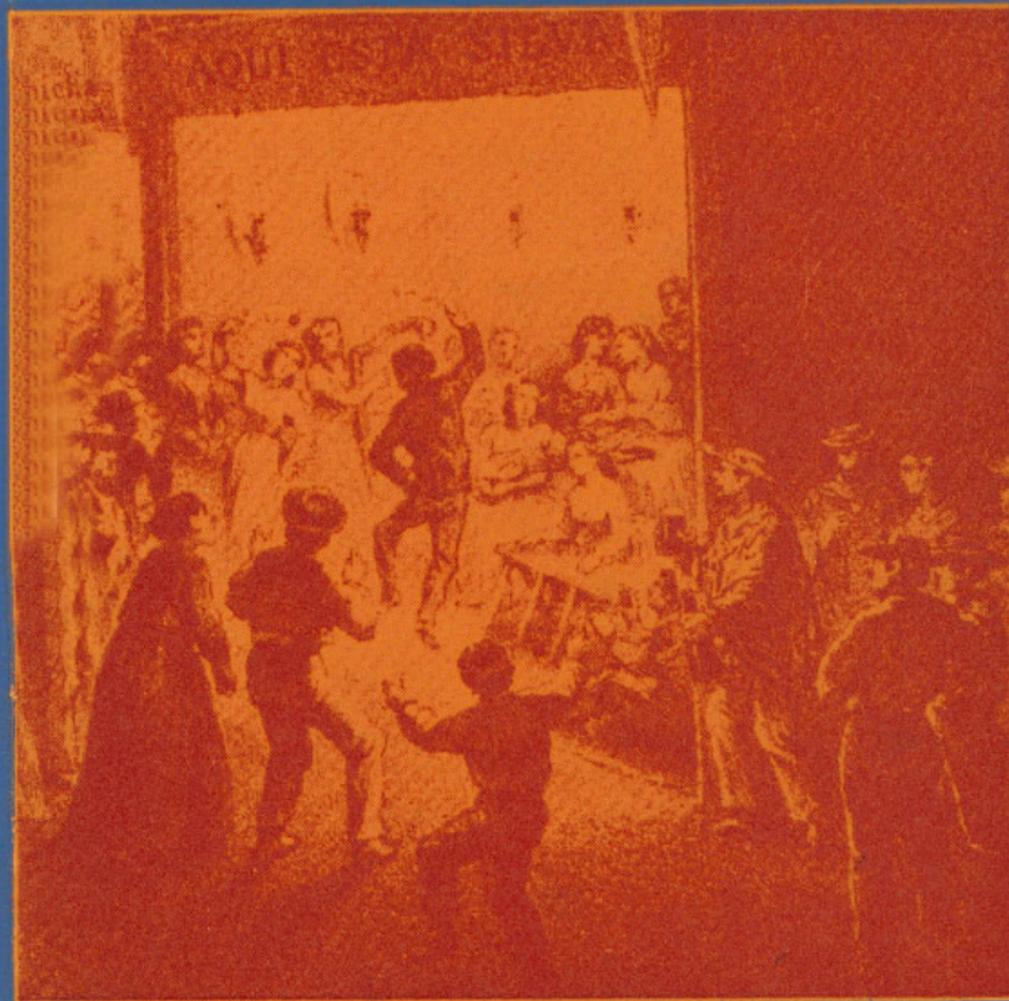


BIOGRAFIA DE LA CUECA

PABLO GARRIDO



LAS CHINGANAS Y LAS PETORQUINAS

Zorobabel Rodríguez afirma que no se conoce palabra alguna en la lengua castellana, equivalente al chilenismo **chingana**; no corresponde a figón, ni a taberna, ya que en la chingana los parroquianos comen y beben, “pero también oyen cantar tonadas de arpa y vihuela y ven bailar y bailan cuecas, resbalosas y sajurianas, como en ella sola”.

Esta dicción es préstamo cultural, proviniedo del quechua, con significado de escondrijo: **chincana**.

Al parecer, hubo chinganas desde tiempos muy remotos: improvisadas o en locales —abiertos o cerrados— estables. Zapiola asegura que las hubo siempre, en cantidades apreciables y de las más diversas cataduras. Menciona entre las más antiguas las de Ña Rutal y la de la célebre Teresa Plaza; esta última adquirió fama internacio-

nal con "El Parral", favor disputado por una cercana tildada "El Nogal". El mismo memorialista dice que las chinganas se mantuvieron decadentes hasta 1831, año en que llegaron a Santiago las ya famosas mulatas Las Petorquinas, "así llamadas por el pueblo de que venían. Se estrenaron bajo los hermosos parrones de los Baños de Gómez, calle de Duarte (actual Lord Cochrane). La concurrencia de las familias más notables de Santiago era atraída no sólo por la perfección y novedad de su canto y baile, sino también por la decencia con que se expedían".

Las Petorquinas eran tres hermanas: Tránsito, Tadea y Carmen; sus padres lo fueron Tránsito Pinilla y Micaela Cabrera. Tuvieron "fonda" en Petorca, a una cuadra de la Plaza, calle de la Matriz. Compañeros suyos de baile en aquella fonda de mineros, eran Zócimo Fernández y Francisco Guerrero, con quienes bailaban también "ollas en cuarto, sandoval, el baile patriota de la perdiz y la sajuriana", danza de mineros y pastores, de destreza y zapateo, esta última.

Al salir de su tierra natal Las Petorquinas ya eran famosas, habiendo arrasado con cuanto rival surgiera en todos los pueblos de Aconcagua. Antes de debutar en la capital recibieron provechosas lecciones de la afamada mulata limeña conocida por Monona, y triunfaron ampliamente en el Parral de Gómez y en el Café de la Baranda, situado en Monjitas, a una cuadra de la Plaza de

Armas. Tan extraordinario debió ser su arte que, como ya se dijo en capítulo anterior, subieron al escenario de la ópera en "El Barbero de Sevilla" a fines de 1830 o comienzos del año siguiente; repitieron sus hazañas en Valparaíso, en Talca y aun en Lima. Carmen, la menor, mereció extensos y elogiosos artículos de Domingo Faustino Sarmiento. Secuela del éxito de Las Petorquinas fue el que: "La capital se cubrió de chinganas y en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro, y en la calle de Duarte en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera ese destino", según refiere Zapiola.

Toda una institución la chingana, fue asiento no tan sólo de la zamacueca y otras danzas vernáculas, sino, incluso, del venero poético de los bardos populares, aquellos ingeniosos "puetas" y payadores que, acompañándose en vihuela o rabel, o simplemente con ritmos marcados sonoramente por sus propios dedos martillando una mesa, deslumbraban con improvisaciones canturreadas cadenciosamente. Así como fue cenáculo político, antesala de despliegues castrenses y bambalina de la chismografía y molicie ciudadinas, se las sindicó alguna vez como centro de espionaje hábilmente auspiciado por las esferas institucionales.

Cuando María Graham las visitó en 1822, apuntaba en su **Diario**:

"El pueblo, mujeres y niños, tiene verdadera pasión por

las chinganas. Por el llano pululan paseantes a pie, a caballo, en calesas y carretas; y aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también a las chinganas y todos parecen sentirse igualmente contentos, en medio de una tranquila y disciplinada alegría. Estoy segura de que en Inglaterra entre tanta concurrencia no dejaría de haber desórdenes y riñas; pero nada de esto sucedió aquí a pesar de que se jugó mucho y se bebió no poco”.

Diez años más tarde, Andrés Bello escribía:

“Se ha restablecido con tal entusiasmo el gusto por las chinganas, o más propiamente, burdeles autorizados que parece que se intentase reducir la capital de Chile a una gran aldea”.

Otro jurista, educador y publicista, el español José Joaquín de Mora, escribía por la misma época:

“Son escuelas de vicio nuestras chinganas; los bailes que en ella se ejecutan son parecidos a los de los mozambiques”.

En las chinganas, que así descritas por los moralistas habrían sido “burdeles autorizados” o “escuelas de vicio” ¿qué se bailaba?: zamacueca y no bailes de Mozambique. Con cuanta propiedad exclamaba Sarmiento en 1842:

“¡No! El que no es chileno no puede opinar sobre tan grave materia, no puede comprenderla, no puede sentirla; porque no está la cuerda que pone en movimiento sus fibras”.